



UN MAESTRO DE DOCTRINA MONÁSTICA:

IRENÉE HAUSHERR, SJ¹

Pablo Saenz, OSB

Hace ya unos años que se viene asistiendo a una intensificación de un viejo fenómeno: el interés de quienes no son monjes por la vida monástica. Y no sólo para proponerla como un ideal, como lo hizo durante toda su vida san Juan Crisóstomo, o para atacar una concepción de vida, como lo hicieron numerosos escritores protestantes, sino para descubrir en ella, como a través de un lente de aumento, para unos, o como en una caricatura, para otros, lo que hay de válido, de evangélico, de profundo, en la concepción siempre cambiante, siempre influida por la historia, del modo de vivir la vida cristiana.

La comprensión de que la vida monástica ha sido en la Iglesia un punto de referencia para concebir la vida cristiana, la intuición o la inteligencia de su posición clave, es, sin duda, lo que ha impulsado a investigarla a muchos que no tienen por ella un interés personal e inmediato. Hoy mismo tenemos ocasión de leer no pocos escritos sobre monjes, originados fuera de todo ambiente monástico. Recordemos a R. Bultot, un laico; a Louis Bouyer, un oratoriano; a A. J. Festugière, un dominico; a Paul Evdokimov, un ortodoxo; a Heinrich Bacht, un jesuita; a Uta Ranke Heinemann, una discípula de Karl Rahner.

El jesuita Irénée Hausherr se sitúa también, y como figura de primera plana, entre estos estudiosos no monjes preocupados por la doctrina monástica. Hace ya decenas de años que viene publicando con mayor o menor frecuencia una serie de trabajos que tienen por objeto inmediato la doctrina espiritual del Cercano Oriente en los primeros siglos de la Iglesia, doctrina que, o está íntimamente relacionada

¹ Publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 3 (1967), pp. 1-14 (Sección Libros). El P. Hausherr falleció en el año 1978 (N.d.R.).

con la de las primeras generaciones de monjes que respiraron el mismo tipo de cristianismo, o se confunde sencillamente con la doctrina monástica primitiva, por el hecho de que son los monjes quienes la representan y la expresan con sus vidas y escritos.

La enseñanza espiritual de los primeros ascetas es bastante difícil de alcanzar, incluso para los mismos monjes. Y esto no solo porque los documentos conocidos de esa época han sido poco estudiados, o porque permanecen en su lengua original, generalmente poco accesible, sino también porque la variedad de autores dificulta la recta valoración de sus escritos. La cantidad de elementos perimidos que generalmente incluye esta literatura es otro obstáculo que detiene el primer entusiasmo del lector que busca una doctrina viva.

El P. Hausherr conoce todos estos problemas y se ha dedicado a desbrozar el terreno. Profesor en el Instituto Pontificio de Estudios Orientales de Roma y conocedor de las principales lenguas que requiere la investigación de la doctrina monástica primitiva, ha podido acercarse a numerosos documentos prácticamente olvidados, y precisar su sentido genuino. Con estos elementos ha podido penetrar y exponer los grandes temas de la espiritualidad del desierto, descubriendo las constantes y discerniendo lo que de caduco hay en ellas. Este trabajo permite al lector moderno no erudito internarse en un mundo nuevo.

Hausherr facilita excepcionalmente al lector de hoy este contacto y este descubrimiento del monacato antiguo, gracias a algo que le es particularmente personal: es un enamorado del monacato primitivo. “*Mes vieux amis du IVème. siècle*”, los llama más de una vez a los autores que lee y relea. Hay una verdadera “simpatía”, en el sentido etimológico de la palabra, palpable en todas sus obras; no hace falta leer muchas líneas de cualquiera de sus escritos para notarlo y percibir la sincera y profunda afinidad que lo une a los escritores de aquella época.

Hausherr respeta, estima, admira y ama con sinceridad comunicativa el monacato primitivo, aunque no sin espíritu de crítico, pues no se le escapan las imperfecciones, las desviaciones y las exageraciones de sus “viejos amigos”. Tampoco las disimula, todo lo contrario, las expone sin miedo, con una espontaneidad que tranquiliza y que lo pone al abrigo de ser confundido con un panegirista más. Ama la verdad sobre todo y no la teme. Este año, ha escrito en un artículo publicado en “*Revue d’ascétique et de mystique*” (Nº 166, p. 153), las siguientes palabras que pueden ser un resumen de su actitud habitual frente a la historia:

“La verdad misma no es verdadera si no es total, y todos los pasos que se den no son justos si no se respeta esta totalidad. Y el respeto de esta totalidad incluye una preocupación de jerarquía: las expresiones parciales de la verdad deben dejar a cada parte de lo real el lugar que le corresponde en sí misma y no el lugar que a mí me parece”.

Estas tres cualidades: el conocimiento profundo de las fuentes del monacato, la “simpatía” espiritual que tiene hacia este monacato (y recordemos que para los antiguos el amor es una condición del conocimiento profundo), y una sinceridad consciente de sus exigencias, hacen de Hausherr un autor que se sitúa en una posición clave para la renovación de la vida monástica.

En el mismo artículo citado más arriba, resume el autor lo que, a su juicio, debe ser el examen de conciencia o la revisión de vida de la orden monástica:

“Lo que debe hacer (el monacato) en cada época, es confrontar su práctica actual con la doctrina eterna y con la práctica primitiva en la medida que ésta tiene valor doctrinal”.

En el fondo, esto no es más que un eco del Decreto “*Perfectae Caritatis*” del Vaticano II, cuando propone como principio de renovación, ante todo las Escrituras: “el seguir a Cristo según el Evangelio ha de ser la regla suprema para todos los institutos” (Nº 2); y luego la doctrina espiritual de los fundadores: “hay que conocer y observar el espíritu de los fundadores y los fines propios, lo mismo que las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto” (Nº 2).

Esta segunda exigencia es para los monjes algo muy delicado. Quizás un jesuita, un salesiano o un dominico, pueda con relativa facilidad llegar a conocer la mente de su fundador, por lo menos con un conocimiento suficiente para percibir con claridad su “modo” de buscar a Dios. La proximidad histórica, con la posibilidad de conocer los escritos y la mentalidad de la época del fundador, son, sin duda, una gran ayuda. Por otra parte, si bien es cierto que cada generación trae consigo un nuevo modo de ver el mundo, hay que reconocer que existe siempre un parentesco mental mayor en la medida que se acorta el plazo histórico que separa dos épocas. Justamente aquí radica la dificultad de la orden monástica para vivir de la espiritualidad primitiva: el problema de conocer y reconocerse en los escritos de los primeros monjes, debido a la distancia temporal y psicológica que

media entre el siglo V y el XX, plantea serias dificultades. Se impone un trabajo parecido al de un exegeta que escudriña las Escrituras, con todos los problemas de fuentes, interpretación, géneros literarios, etc. que esto supone.

Es un lugar común en el planteo de esta situación recordar que la *Regla de san Benito* ha sido escrita en un contexto histórico visiblemente diferente al nuestro, rodeada de una doctrina monástica heredada y conocida perfectamente por su época, pero prácticamente ignorada por la generalidad de los hombres de nuestro tiempo. Frente a este hecho, una posición extrema, que considera que basta leer la santa *Regla* para entenderla, está prácticamente desapareciendo, junto con la actitud que niega la utilidad de todo esfuerzo histórico para comprender el Evangelio. Otra posición extrema que hace del arqueologismo un ideal, aparte de estar condenada a morir por falta de sentido de lo real, es francamente injusta. La vía media, el único camino, es unir a una sensibilidad auténtica para comprender el hoy de la vida monástica una inteligencia clara de la enseñanza de los antiguos, para extraer de ellos los valores doctrinales válidos aún ahora.

Esto no se plantea sólo en el plano comunitario (ordenación de los monasterios), sino primariamente en el plano individual. Cualquier monje que reflexiona sobre la realidad viva de su entrega necesita un contacto con las fuentes. ¿Qué soy? ¿Qué es mi vida? ¿Qué es hoy la *Regla* para mí? ¿Qué lugar ocupo como monje en la Iglesia o mejor, cómo “soy” Iglesia? Y la caridad, la oración, la liturgia, la obediencia, la soledad, el trabajo, la *lectio*, el estudio, la ascesis, toda esa red que encierra la vida de cada día ¿cómo me hacen vivir mi vida de monje, mi vida en Cristo?

Hausherr nos ayuda con sus estudios de la antigua doctrina monástica a aclarar muchos de estos puntos y a descubrir su verdadera actualidad. En sus principales obras publicadas en la colección “*Orientalia Christiana Analecta*” estudia con profundidad algunos de los grandes temas de la espiritualidad monástica, apoyándose constantemente en el testimonio de los autores de los primeros siglos.

“Penthos. Doctrina de la compunción en el Oriente cristiano”, publicada en 1944 (*Orientalia Christiana Analecta* [= OCA] N° 32) y reimpressa en 1960, nos hace descubrir la viva necesidad de revalorizar hoy el aprecio hacia aquella

disposición interior, aquella finura de alma, aquella sensibilidad profunda para “sentir” a Dios, para “sentir” la distancia que nos separa de él. Evidentemente la doctrina del “*penthos*”, de la compunción, no es una de las más expuestas en la actualidad. No por eso deja de ser uno de los más firmes apoyos de toda auténtica vocación monástica. Quizás toda la gama de tentaciones existenciales que pueda sufrir hoy un monje contra su vocación, hallen una respuesta de paz en la actitud de “*penthos*” que nos describe con tanta frescura y limpidez Hausherr, por medio de los escritos de los antiguos.

“*Philautie*”, publicada en 1952 (OCA N° 137), describe el camino que conduce del egoísmo a la caridad, siguiendo las enseñanzas de san Máximo el Confesor. Sin ser precisamente un tratado sobre la caridad, esta obra abre perspectivas bien concretas sobre un camino que todo cristiano, y en un sentido especial todo monje, debe recorrer.

“*Direction spirituelle en Orient d’autrefois*” (1955; OCA N° 144), comenzando por el monacato del desierto estudia las relaciones entre abad y discípulo; esta doctrina sirve para dilucidar la delicada cuestión de las relaciones entre superior y súbdito, tan fundamental en la vida religiosa.

La imagen de un “Padre espiritual”, sus cualidades, sus deberes, su actitud, están reflejadas fidelísimamente en una serie de textos de la época patristica. Aquí nos encontramos con observaciones que sorprenden y que descubren una concepción profunda de la responsabilidad de la dirección espiritual. Lejos de ser alguien que se limita a aconsejar de cuando en cuando a su discípulo, el Padre espiritual “consagra” su vida al servicio de su hijo: debe orar por él como primera obligación y ésta es la parte más eficaz de su ministerio (“*diaconía*”); debe incluso, como quien es más fuerte, llevar sobre si parte de la cruz que corresponde a su hijo, algo así como la “satisfacción vicaria” de la Redención; debe amar entrañablemente a su discípulo con verdadero amor, ya que “el amor paternal es un amor fuerte y, en la medida misma de esta fuerza, un verdadero amor” (p. 148).

Por otra parte, describe el autor la actitud filial con todos sus pormenores, la apertura de alma, la necesidad de tener un Padre espiritual, la fe y sumisión, el amor.

Hausherr nos descubre que las relaciones de Padre espiritual a discípulo se fundan, ante todo, en la confianza; sin ella desaparece la noción de paternidad espiritual. Ahora bien, la confianza no es algo que se pueda exigir, sino, por el contrario, una semilla que germina sola en el alma del discípulo que descubre la grandeza y el valor de la caridad de su Padre. La base de la autoridad en la vida religiosa es, pues, según los Padres, algo tan espiritual y tan poco jurídico como la confianza.

“Noms de Christ et voies d’oraison”, (1960, OCA N° 157). Revisa el gran tema de la oración continua en el monacato primitivo y los modos de orar, perpetuamente recomendados y vividos por los ascetas orientales.

El mismo año 1960 ha aparecido, publicado en forma de libro, una traducción del “*Tratado de la oración*” de Evagrio Póntico, comentado cuidadosamente y devuelto a su autor, por Hausherr; esta obra comúnmente había sido atribuida a san Nilo. El trabajo de Hausherr, que lleva el título de “*Les leçons d’un contemplatif*” (Paris, Beauchesne, 1960) ya había sido publicado en 1934, en la “*Revue d’ascétique et mystique*”.

Si bien es cierto que esta obra estaba al alcance de quien quisiera abrir el tomo 79 de la Patrología griega de Migne, le debemos a Hausherr el haberla hecho “contemporánea” nuestra. Nos ha mostrado en los exactos comentarios que explican cada párrafo del “*Tratado de la oración*”, la riqueza inagotable de enseñanzas que se esconden en el hermetismo del estilo de Evagrio. Expresiones que han pasado a través de la historia de la espiritualidad perdiendo poco a poco su vigor, vuelven de nuevo a resurgir. Tomemos un ejemplo: la definición clásica de la oración como “conversación del alma con Dios”. traducción corriente de una expresión que aparece en Evagrio (*Tratado de la oración*, N° 3), merece de Hausherr una triple puntualización:

1. “conversación” traduce muy débilmente lo que es para Evagrio “reunión, trato habitual, frecuentación asidua”.
2. “del alma” debe entenderse del intelecto, esto es, la parte más alta del hombre en el esquema de la división tripartita, más allá de los sentimientos y de los razonamientos.

3. “con Dios” tiene un sentido dinámico de “tensión hacia Dios” que no lo traduce la preposición “con”.

Si reorganizamos la definición de oración con estos datos, vemos que estamos muy lejos de una comprensión estrecha de lo que es oración.

Otro escrito pequeño por su extensión, pero muy importante para aclarar el candente problema del valor de la soledad en la vida monástica, es el artículo publicado en 1956 en “*Orientalia Christiana Periodica*”, titulado “*L'Hésycasme*”, policopiado más tarde en 1962 y publicado como libro bajo el título de “*Solitude et vie contemplative*”.

Tres grandes divisiones, tituladas con las palabras que le fueron dichas a san Arsenio: “*Fuge, tace, quiesce*”, escalonan los tres grados de soledad, “huida de los hombres”, “silencio exterior” y “soledad del corazón”. Las citas, en su mayor parte de los “*Apotegmas de los Padres*”, nos hablan de una casi identidad entre vida monástica y el esfuerzo por subir estos tres grados de soledad. Ciertamente la célebre frase de Evagrio: “Monje es aquel que está separado de todo y unido a todos”, resume con precisión el pensamiento de que la vocación monástica es fundamentalmente un llamado a la caridad en la soledad.

Hausherr ha publicado, además de las obras citadas, numerosas colaboraciones en obras colectivas y artículos en diversas revistas, sobre temas que interesan casi siempre a la doctrina monástica. No pudiendo dar una información bibliográfica completa de sus obras, no dejaremos, sin embargo, de mencionar dos recientes, que, si no están expresamente dedicadas a temas monásticos, rezuman espontáneamente la sabiduría de los Padres del desierto.

La primera obra es un libro compuesto con los apuntes que Hausherr utilizo en numerosas conferencias. Este hecho podría quizás desilusionarnos antes de leer el libro, pero si comenzamos a hojearlo, muy pronto cambiaremos de parecer. Se trata de “*Prière de vie, vie de prière*”, editado por Lethielleux en 1965. En él la doctrina del monacato primitivo sobre la oración aflora a cada instante; en cierto sentido se puede decir que el libro es precisamente un esfuerzo para mostrar toda la actualidad de las grandes enseñanzas de los Padres del Yermo sobre la oración, aunque el autor no se proponga explícitamente ese fin. De más está decir que el “*Tratado de la oración*” de Evagrio lo hallamos citado innumerables veces.

Una reseña de este libro, a nuestro juicio muy buena, ha sido publicada en “*La Vie spirituelle*” de diciembre de 1965, firmada por A. Patfoort, op.

La otra obra reciente es el largo artículo que aparece en el segundo y tercer número de este año de 1966 de “*Revue d’ascétique et mystique*” titulado “Théologie de la volonté de Dieu et obéissance chrétienne”.

Sobre un tema tan estudiado como lo es el de la obediencia parecería difícil esperar algo positivamente nuevo. La novedad de Hausherr consiste en revolucionar en muchos aspectos la doctrina de la obediencia, no apelando a las “exigencias del hombre del siglo XX”, sino recurriendo honestamente a las fuentes. Fiel a una profunda concepción de la verdad, que, como dice en el mismo artículo, debe ser total y jerarquizada en sus partes para ser verdadera, no oculta ninguno de los grandes problemas que se plantean. Estudia especialmente la obediencia en el superior, sobre la que generalmente tan poco se escribe, dándole una importancia mucho mayor que a la obediencia del súbdito. En esto sigue el ejemplo de san Pedro, que al aconsejar a los ancianos de la comunidad (1 P 5,15) hace “una exhortación diez veces más larga que aquella que dirige exclusivamente a los súbditos”... “San Pedro no parece temer que su insistencia sobre los deberes de los ancianos pueda provocar entre los más jóvenes una reacción de desobediencia” (pp. 154-155).

La “Necesidad y límites del diálogo entre superior y súbdito”, que el autor trata como último punto de su estudio y que nosotros instintivamente asociaríamos a una temática postconciliar, él la descubre ya en la tradición más antigua.

Quizás obras como las de Hausherr, además de acercarnos a las fuentes de nuestra vida y de aclararnos grandes temas de espiritualidad monástica, sean una excelente introducción para aprender a leer con provecho los escritos de los primeros monjes y poseer el difícil arte de saber discernir en aquellos entre la superficie anecdótica, ocasional, anticuada, demasiado simple o demasiado retórica, complicada con las ideas de una época preterida, incluso con algunos errores, y el fondo evangélico y limpio de su amor de Dios, tan sincero y valiente, como sencillo y transparente.

Las obras de Hausherr, que en el fondo no son más que una exposición erudita y amena de los grandes temas monásticos: oración, silencio, paz, soledad, caridad, obediencia, esperan todavía un traductor que las vierta al castellano. Esto

ampliaría, sin duda, el número de sus lectores, extendiendo el círculo de aquellos monjes que creen que una verdadera fidelidad al momento en que vivimos sólo es posible con una verdadera fidelidad al espíritu de las fuentes.